

El carro ha doblado su misión en este tiempo ufano, transigente a la mecanización. Se queda para el museo o renqueante; todavía cruza nostálgico los caminos de polvo que van y vienen a los majuelos de «Marta». El hombre viejo y antiguo le mantiene como una reliquia andante en la que procura llevar su poca o mucha castidad al trabajo y también le sirve para la vuelta a la quintería grande del

pueblo para esperar otro día, a la paz de Dios, con la familia y para que la mula torda con ojos redondos como los bueyes, tome su postura a pié quieto, sin que engorde su pereza de caminar. Ahora, en Tomelloso, carros de todos los continentes agradecen la mirada curiosa de algún turista, y bien merecen que se los conserve en esta hora creciente del caballo de vapor.



## El carro y el «bombo» en el museo de Tomelloso

El «bombo», piedra a piedra y mano con mano, crece cuando el artifice mengua. El «bombo» es un redondo fortín de piedra cruda o soleada, de lanchas calizas dispuestas por algún sedimento de siglos, que aprueba el rudo tesón de los camperos de Tomelloso. Es una ancha construcción decapitada en su altura, con unos gruesos muros para defenderse de alguna rebelión: de la luz, de los elementos, de los hombres. Alguna vez se creyó que eran túmulos funerarios multiplicados en los campos de viñas, como homenaje a los que mueren con sed de vivir. En este «bombo» de Tomelloso, que levantó Pablo Porta allá por el 60, queda la estrategia de unas manos oferentes que han hecho mística nueva con la piedra, sin más buril para la roca, que las manos, rugosas, encallecidas, agrietadas, que saben acariciar como un terciopelo original, la baba o la costra de tierra ocre y bermellón, de la lancha calcárea, que es testimonio de los sacrificios de un pueblo que todavía levanta su torre chata, piedra sobre piedra, para guardar en paz su soberanía.

